

*Notas provisionales sobre la sociología, el saber académico
y el compromiso intelectual¹*

Maristella Svampa

Preludio: entre nuestros varios mundos

Aunque conocí a Gérard Althabe en mis años de estudiante en Francia, sólo tuve trato personal con él entre 2003 y 2004, poco antes de su fallecimiento. Muy especialmente, fue durante aquel invierno europeo de 2003 que compartí con él varias charlas sobre un tópico recurrente: las pasiones políticas y el compromiso del intelectual.

En aquella época, la Argentina estaba en plena efervescencia social y yo me encontraba escribiendo un libro sobre las organizaciones piqueteras, al tiempo que trataba de pensar y de dar forma a un compromiso intelectual y político que no rompiera con la perspectiva del trabajo académico. La tarea exigía un difícil y tenso equilibrio, que el propio Althabe, con su tono medido y su escucha atenta, tendió a impulsar –y a celebrar, me atrevería a decir- desde el comienzo de nuestras conversaciones.

Debo decir que aunque era consciente de la experiencia –a la vez, académica y política- de Althabe, no había imaginado que ésta fuera tan vasta y tan rica, como el propio Gérard nos relata y explica con sutilezas y complejidades en su autobiografía. Sabía que su libro sobre el proceso de descolonización y los levantamientos populares en Madagascar había tenido un fuerte impacto en Francia y en varios países africanos. Asimismo, estaba al tanto de que había sufrido la censura del Estado francés, así como no desconocía que sus últimas expectativas políticas se habían evaporado a mediados de los ochenta, cuando el Partido Socialista, que rápidamente archivó la promesa de la autogestión obrera, en pocos años dilapidó también el potencial transformador de los movimientos y organizaciones sociales locales. El involucramiento de Althabe, que había arrancado décadas atrás con el proceso de descolonización en Africa, había llegado hasta allí, hasta la experiencia del gobierno municipal en Nantes, en su país natal. Luego, con su acostumbrado perfil bajo, decidió que era hora de romper el equilibrio tenso que hasta ese entonces había caracterizado su posición de intelectual, y optó decididamente por la distancia.

¹ Publicado en *Gérard Althabe. Entre dos mundos. Reflexividad y compromiso*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, compilación de V.Hernández y M.Svampa

Ese distanciamiento extremo le valió también una profunda soledad intelectual, que atravesaba de manera rotunda cada una de nuestras conversaciones. Pues Althabe nunca fue un converso ideológico ni tampoco adoptó la ironía posmoderna de otros colegas, y pese al rol institucional que cumplió en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, jamás se identificó con la elite académica francesa. El precio de ello fue que Althabe, quien seguía estando entre varios mundos, con los años llegó a sentir que en definitiva ya no pertenecía a ninguno de ellos.

La última vez que nos vimos fue en un bar en el colorido barrio de Pigalle, donde vivía modestamente. En esa ocasión nuestros caminos se cruzaban, pues él estaba a punto de viajar a Buenos Aires y yo estaba llegando a París, donde residiría por algunos meses. Sus palabras de despedida fueron para recordarme que el compromiso del intelectual implica siempre una tarea colectiva, un esfuerzo entre muchos, la construcción de un pensamiento y una acción común. Algo que jamás podía lograrse desde una posición (u ostentación) de soledad...

En 2005 escribí *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*,² un libro que apuntó a sintetizar y colocar en un horizonte de reflexión más amplio los trabajos que yo había realizado en mis diez años de investigadora en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Quizá, como en ninguna otra ocasión, la escritura de ese libro y, sobre todo, su posterior presentación en diversos espacios, me llevaron a reflexionar sobre aquellos temas que recorrieron de manera insistente –casi obsesiva– mis conversaciones con Althabe. En realidad, fui tomando conciencia de que, en cada presentación pública, comenzaba haciendo una serie de consideraciones preliminares imprescindibles, que hablaban del quehacer de la investigación, de mi perspectiva epistemológica y del compromiso del intelectual.

De esta manera, la necesidad de sistematizar esas reflexiones fue asomando como una conclusión casi natural e inevitable. En fin, pese a que estas notas presentan un tono ineludiblemente personal, así como un carácter fragmentario y provisorio, se me ocurre que constituyen la mejor forma de continuar aquel diálogo iniciado en el año 2003 y solo interrumpido por la muerte, pues el talante de Gérard Althabe, esto es, el desafío común y nada fácil de tratar de hacer equilibrio entre nuestros varios mundos, recorren con certeza gran parte de estas páginas.³

² M. Svampa, *La sociedad excluyente*, Buenos Aires, Taurus, 2005.

³ Agradezco los comentarios de Pablo Bonaldi y Mariana Luzzi a la primera versión de este texto.

1- Preguntas fundadoras

La constitución de un determinado campo del saber suele reflejarse en las llamadas preguntas fundamentales o primeras. Partiendo de ello, resulta legítimo interrogarnos sobre cuál es la pregunta fundante de la sociología. Alguna vez leí que un colega argentino, Emilio de Ipola, afirmaba que la gran pregunta sociológica es "¿Por qué el lazo social y no más bien la nada?". Como todos pueden imaginar, la pregunta teóricamente seductora, está calcada de aquella que Heidegger establece para la filosofía, "¿Por qué más bien el ser y no la nada?". Pues desde mi perspectiva, para el caso de la sociología, la pregunta de inspiración heideggeriana está rotundamente equivocada.

En realidad, la sociología, como bien nos recuerda Goffman, no se pregunta "sobre la realidad de la realidad". La sociología da por sentada la realidad, la toma como un dato, un punto de partida sobre el cual debemos reflexionar sin tentarnos con planteos metafísicos, pero a la vez sin concesión alguna. Así, la pregunta fundante de la sociología no es "¿Por qué el lazo social y no más bien la nada?", sino "¿Por qué esta sociedad y no más bien otra". En consecuencia, nuestro punto de partida es tanto el reconocimiento de la contingencia como el imperativo –inmediato e ineludible - de la desnaturalización de la sociedad. Contingencia, pues esta sociedad que tenemos frente a nosotros, y a la cual pertenecemos y en la cual nos debatimos con nuestros sueños y decepciones, podría haber sido de un modo diferente al que hoy presenta. Desnaturalización, pues como advertían los padres fundadores de la sociología, lejos de responder a una ley o movimiento necesario de la realidad, la sociedad aparece ni más ni menos que como el producto de la acción y de la interacción humana, de las relaciones sociales que se entretajan en la historia; un entramado complejo e interdependiente compuesto de seres, grupos e instituciones que van configurando contextos particulares y procesos específicos.

Esto convierte a la sociología en una disciplina comparativa por excelencia, pues preguntarnos "¿por qué esta sociedad y no más bien otra?", significa reconocer la existencia de sociedades diferentes, cuyos avatares y procesos históricos específicos pueden servirnos para reconstruir la lógica de nuestro propio devenir-sociedad-en-el-mundo. Así, el reconocimiento de la contingencia –y con ello, de la existencia de "otras" sociedades -, lejos de constituirse en la gran debilidad de la sociología -una imposibilidad por constituirse como ciencia, tal como creían los filósofos del siglo XVIII-, se revela como una ventaja, una fuente de inspiración, una suerte de fuerza motriz;

más aún, la raíz de un talante profundamente desnaturalizador y, por ende, ineludiblemente crítico.

2- La investigación y sus desafíos teóricos-epistemológicos

Una pregunta que resuena y remueve los temores de cualquier investigador en ciencias sociales es cómo orientarnos en la investigación sin quedar atrapados en la seducción paralizante de las grandes teorías o, en su defecto, en la obsesión descriptiva propia de la mirada etnográfica o del puro empirismo sociológico. Un balance parcial de mis propias investigaciones, esto es, de mis propios ensayos y errores, me han conducido a valorar sobremanera tanto la producción de conceptos de alcance intermedio como la adopción de un enfoque procesual. Me voy a permitir hablar aunque sea de manera somera y esquemática de estas dos cuestiones.

En primer lugar, no son pocos los autores clásicos que consideran que el núcleo del quehacer sociológico consiste en producir mediaciones conceptuales que establezcan un puente entre los conceptos altamente genéricos y la realidad empírica estudiada. En mi caso, he terminado por convencerme que en el largo camino de la investigación social uno de los grandes desafíos, quizá el mayor, es producir conceptos de alcance intermedio.⁴ Quizá para algunos pueda parecer banal o de sentido común; sin embargo una de las escenas académicas más repetidas es aquella que muestra a jóvenes brillantes, en la presentación de sus trabajos, reproducir conceptos generales (el "marco teórico", que puede referirse a Laclau, Lhumann o Agamben, para dar ejemplos muy distantes de teóricos actuales de una gran potencia) y que luego de esta demostración de conocimientos, sin solución de continuidad, esto es, sin establecer estaciones intermedias, concluyen en el empirismo más rampante, con una pobre ilustración del caso estudiado, verdadero corazón de la investigación. Lamentablemente, muchos no alcanzan a ver que la operacionalización de los conceptos genéricos sólo es posible a través de conceptos de alcance intermedio, única vía para el desarrollo de herramientas analíticas acordes a la complejidad del mundo social.

En este sentido, el autor que de manera paradigmática ha mostrado la gran productividad analítica de los conceptos de alcance intermedio es Pierre Bourdieu. Más

⁴ Robert Merton propone hablar de "teorías de alcance intermedio" (en *Teoría y estructuras sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1995), que orienten teóricamente una investigación empírica. Aquí preferimos hablar de conceptos (y no de teorías), sin excluir de esta manera una referencia o vinculación con teorías más generales de la sociedad.

allá del grado de acuerdo que podamos tener con la perspectiva que aporta su obra, la razón por la cual Bourdieu se convirtió en uno de los grandes sociólogos del siglo XX está vinculada de manera incontestable con la estructura lógico-conceptual de su obra. En ella se destacan conceptos como "campo", "espacio social", "clases sociales" y "habitus", los cuales contienen una gran riqueza analítica y nos permiten avanzar en el estudio del entramado y articulación de los procesos macrosociales y la realidad microsocial.⁵

En mis propias investigaciones he buscado desarrollar conceptos de alcance intermedio. Este fue el caso en el estudio sobre las organizaciones piqueteras, donde utilizamos un concepto genérico (y ciertamente de carácter heurístico) como el de "descolectivización" -que retomamos libremente de Robert Castel-. Sin embargo, para para reconstruir la genealogía y avatares del movimiento piquetero otorgamos un rol central a conceptos de alcance intermedio, como aquel de las "lógicas de la construcción política" o el de "matrices ideológicas", entre otros.

En segundo lugar, la complejidad del mundo social exige la adopción de un enfoque procesual, que subraye tanto la interrelación de los actores, como el carácter dinámico y recursivo de lo social. Sin duda, han sido tanto N. Elías como el propio A. Giddens quienes de manera diferente ilustran esta perspectiva de análisis dinámico, al proponerse superar tanto las limitaciones del individualismo metodológico como la perspectiva sistémica y estructuralista más ingenua. Aunque sobre este tema volveremos más adelante, me gustaría añadir que la adopción de un enfoque procesual no puede hacer la economía de la doble dinámica y vitalidad de lo social, a saber, la compleja dialéctica que es posible establecer entre fases y procesos de descomposición y de recomposición social. Subrayar este carácter dual de la realidad social no resulta en absoluto ocioso, pues si bien es cierto que en las últimas décadas hemos asistido a fuertes procesos de reconfiguración social, la producción académica ha tendido a enfatizar los cambios desde la sola óptica de la descomposición social, ignorando la dimensión de recomposición social que aparece reflejada en los conflictos y en las luchas.⁶ Yendo más lejos, es necesario aprehender los sentidos y formas que adoptan

⁵ El énfasis lógico-conceptual de Bourdieu parte de un déficit que ha arrastrado muy especialmente una cierta perspectiva del marxismo, muy proclive al reduccionismo teórico-metodológico y, por ende, a la eliminación de mediaciones conceptuales capaces de reconstruir la complejidad de lo real. Claro está, el marxismo no es la única corriente teórica que ha venido padeciendo el mal reduccionista, en nombre de los grandes conceptos.

⁶ Una anécdota personal puede ilustrar el alcance real de esta afirmación. En octubre de 2001, en la presentación del libro "Los que ganaron. La vida en los countries y en los barrios privados", Juan Carlos Torre, sociólogo siempre incisivo e inspirador, al referirse a la sociedad argentina utilizó la imagen del estallido y de los fragmentos, producto del final de un modelo de

las luchas sociales, no sólo como una mera respuesta reactiva o defensiva, sino también como una apuesta –política- de creación de nuevos lazos sociales.

Por último, sostener que la realidad social presenta no sólo un carácter dinámico, sino también recursivo, conduce a afirmar que el movimiento, el proceso de interacción, va generando nuevos umbrales desde los cuáles se torna necesario pensar la sociedad. En ese sentido, una noción que nos puede ayudar en el análisis es la de “umbral de pasaje”, a fin de referimos a aquellos momentos de interacción en los cuales se percibe una inflexión, un punto de condensación, sino de redefinición – parcial o global- de la situación. La historia nos proporciona muchos ejemplos de ello.

Así, ¿quien podría negar que el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 no se haya constituido en un punto de inflexión en la historia de nuestro país? En efecto, el golpe militar marcó el final violento la época del *empate social*,⁷ atravesado por las feroces pujas sociales, políticas y económicas entre los diferentes actores y grupos sociales, y sentó las bases para el cambio en la distribución del poder social al interior de la sociedad. En consecuencia, 1976 inició el pasaje convulsionado y conflictivo hacia un período caracterizado por la *gran asimetría* entre los grandes grupos económicos y los empobrecidos sectores medios y populares.

Sin embargo, quizá lo más importante no sea detectar el momento exacto del pasaje, sino proporcionar el análisis de la manera en cómo éste se realiza, en comprender esa vuelta de tuerca, esa recursividad que nos enfrenta a una situación cualitativamente diferente respecto del momento anterior. A esto hay que añadir que la noción de *umbral de pasaje* no se aplica de manera obvia y exclusiva a procesos de gran envergadura social o fenómenos macrosociales: es en el análisis de carácter mesocial, podríamos decir, donde se advierte su productividad mayor. Para ilustrar lo anterior podemos tomar como ejemplo lo sucedido en los últimos años con las organizaciones piqueteras, un actor que supo tener una gran centralidad en la escena

integración social. Desde ese lugar, Torre afirmó que mis investigaciones apuntaban a hacer la lectura de ese estallido para terminar enmarcando a éstos en una suerte de “antropología y sociología de la descomposición social”. Aquella acertada expresión –sociología de la descomposición social- tuvo un efecto casi revelador para mí. Hasta ese momento, no había tomado conciencia hasta que punto yo había estado siguiendo las trazas y secuelas de la descomposición de un modelo de integración social, lo viejo y lo nuevo entremezclado en su faz negativa. La costumbre (la naturalización) de hacer un análisis de los procesos de cambio desde la sola óptica de la descomposición social era tal, que mi propia producción, en sus conclusiones, se había tornado profundamente pesimista, marcada por una suerte de tendencia al determinismo sociológico. Una lectura así terminaba por minimizar –o de negar- las brechas que podían abrir las luchas políticas y sociales. Sin embargo, en la época existían movimientos de resistencia, cuyas acciones colectivas apuntaba a contrarrestar los efectos destructivos del modelo neoliberal, desarrollando redes de solidaridad y nuevas formas de organización.

⁷ La noción de “empate social” ha sido desarrollada por Guillermo O’Donnell.

política argentina y de quien, sin embargo, hoy, en la Argentina de 2007, casi no se habla. En realidad, ese silencio que pesa sobre un actor colectivo de gran envergadura se debe a la existencia de un *consenso antipiquetero*, instalado hacia mediados de 2004 (el umbral de pasaje), como producto de la puja desigual que entablaron estas organizaciones con el gobierno actual y los grandes medios de comunicación, en la disputa por la ocupación del espacio público. Así, la lectura del pasaje y la constitución de un nuevo umbral, requiere la reconstrucción de la dinámica recursiva, atravesada de conflictos, excesos y asimetrías de poder, entre piqueteros y gobierno nacional/medios de comunicación.⁸

En suma, entendido a la vez como apertura y como cierre, la noción de *umbral* nos obliga a reconocer menos el carácter mutante de lo social, que a entender el porqué de la instalación de nuevas fronteras sociales, de nuevos consensos ideológicos, que atraviesan de manera más o menos estable diferentes niveles de la vida social, reconfigurando nuestra percepción de los hechos.

3- Entre la estructura y la acción

Es sabido que la historia del pensamiento social está atravesada por la oposición entre estructura y acción, entre sistema y actor. La opción por uno o por otro polo de la antinomia configura los límites de nuestra visión teórica-epistemológica y, por ende, alienta el pulso de nuestro análisis. Cierto es que en las últimas décadas diferentes teóricos y analistas han cuestionado el carácter binario y esquemático de esta oposición, buscando romper la lógica excluyente que subyace a este planteo, a partir de la construcción de paradigmas comprensivos o multidimensionales que subrayen la relación inseparable entre estructura y acción.

⁸ En los últimos tiempos, más de una vez me han preguntado por qué en la Argentina de 2006-2007 no se habla más de los piqueteros. ¿Acaso desaparecieron del territorio nacional sin dejar rastros, o sucede que todos terminaron por ser integrados o cooptados por el gobierno actual? ¿Acaso no parece un tanto extraño que en el país donde diariamente se realizan cortes de ruta y de calles, las organizaciones piqueteras –que fueron las que impusieron la metodología en nuestro país- sean las únicas que estén impedidas hoy de utilizarlo? Sin duda, el consenso antipiquetero instalado en la sociedad produjo una nueva invisibilización de las organizaciones, y contribuyó notoriamente al debilitamiento y repliegue de las mismas.

Hemos hecho un análisis de este tipo, que retoma la noción de *umbral de pasaje*, en *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, op.cit, y de manera más detallada en el *Informe de derechos humanos de 2005*, de Alerta Argentina, introducción. (www.maristellavampa.net/derechoshumanos).

En realidad, el estudio de los contornos que asume la dialéctica entre estructuras y prácticas no puede minimizar el carácter tensional y conflictivo, muchas veces ambivalente, de esta relación. Así, en términos analíticos, la tarea de establecer un equilibrio entre estructura y acción, esto es, entre las restricciones estructurales y la acción de los sujetos, no es nada fácil. Antes bien, como todo equilibrio tensional, éste se inserta en un espacio de geometría variable.

Tomemos el caso concreto de la Argentina. Por un lado, como ya hemos dicho, la cartografía social argentina de los últimos veinte años nos ofrece una visión demoledora. En efecto, vivimos en un país recorrido por grandes asimetrías, las cuales aparecen reflejadas de manera contrastante por la creciente concentración de poder de parte de los sectores altos y medios-altos de la sociedad así como por la pérdida de gravitación política y económica de parte de los sectores medios y populares. Vista la actual distribución del poder social (una situación que hemos analizado en otros trabajos como *el pasaje del empate social a la gran asimetría*), el verdadero desafío teórico y epistemológico consiste en tratar de no caer en el fatalismo de las restricciones estructurales. Por otro lado, nuestro país aparece también recorrido por una multiplicidad de luchas sociales. Así, la dialéctica entre estructura y acción debe dar cuenta de estas luchas, lo cual supone incorporar en el análisis el reconocimiento del poder de agencia del sujeto, sobre todo en términos colectivos, hoy expresados por los movimientos sociales. En este caso, el desafío mayor consiste en evitar la posición inversa, a saber, que la afirmación de las luchas colectivas no nos conduzca a una visión ingenua o meramente celebratoria de los movimientos sociales.

Ciertamente, en el análisis de la dinámica social, siempre atravesada por procesos de descomposición y, a la vez, de recomposición social, se desliza la constatación de que sólo las luchas –a la vez políticas, sociales y culturales- pueden abrir el horizonte hacia nuevos escenarios políticos y, por ende, a la posibilidad de una redistribución del poder social. Sin embargo, una vez dicho esto, no está demás volver a aquella célebre frase de Marx, del *18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, tantas veces citada, que nos recuerda que “Los hombres hacen su propia historia pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”.

Así, la apuesta –a la vez teórica y epistemológica- consiste en no dejarnos tentar ni por el determinismo de las estructuras ni por la pura celebración de la acción colectiva contestataria, sino más bien, en tratar de desarrollar un abordaje que se

instale en el vaivén entre la estructura y la acción. Para ello, una vez más, es necesario insertar nuestros razonamientos en un paradigma comprensivo. Este, lejos de presentarse como una opción políticamente correcta, en términos investigativos, nos alerta sobre el riesgo siempre presente de los reduccionismos de diverso tipo, al subrayar la tensión no sólo como una dimensión originaria, sino permanente e ineliminable de la realidad social.

La supresión de la dialéctica entre actor y estructura, más allá del mandato teórico-epistemológico original, suele desembocar en grandes paradojas, como es el caso, por ejemplo, con sociólogos de la talla de Bourdieu y Giddens. Para el primero, la suspensión de dicha dialéctica culminó en una suerte de esquizofrenia, pocas veces señalada: así, mientras sus análisis sociológicos terminaban por adoptar un claro sesgo reproductivista (el peso de las estructuras sociales sobre los agentes), sus posiciones políticas –sobre todo a partir de los noventa- lo convirtieron en un paradigma de intelectual comprometido con los movimientos sociales. El caso de Giddens es su contracara perfecta: pese a que sus análisis desembocan de manera unilateral en la exaltación de la capacidad del agente (en términos de emancipación del individuo respecto de las estructuras), esta afirmación no se tradujo en absoluto en la asunción de una posición política radical, sino más bien todo lo contrario...

4- Saber académico y compromiso militante

En los dos últimos apartados me interesaría explorar la pregunta sobre la posibilidad de articular saber profesional/saber académico con compromiso militante. No es ninguna novedad que nuestra época registra un notable cambio en cuanto al rol de los intelectuales, visible en el eclipse del compromiso político, típico de otros períodos, así como en la exigencia de profesionalización y especialización del saber. Factores de índole político-social, que remiten tanto a la crisis de los lenguajes emancipatorios y el colapso de los llamados socialismos reales, así como también la acentuación de los procesos de diferenciación social (mayor autonomía de las esferas o campos del saber), explican este cambio en la figura del intelectual.

Por otro lado, hay que reconocer que, en nuestro país, la excesiva profesionalización de las ciencias sociales que se registra a partir de los '80, constituyó también una respuesta a la sobre-ideologización imperante en el campo académico en

los años 60 y 70.⁹ En este sentido, la profesionalización ha sido sin duda beneficiosa, pues permitió la consolidación de un campo académico en las ciencias sociales, visible en el reforzamiento de las reglas internas así como en la afirmación de una autonomía respecto del campo político-ideológico. Sin embargo, no es menos cierto que esta inflexión ha favorecido la consolidación de la figura del experto, supuestamente neutral y desapasionado, como modelo "legítimo" del saber, al tiempo que ha sembrado un manto de sospechas sobre toda investigación que busque desarrollar su reflexión desde un posicionamiento militante.

Afortunadamente, pese a esta inflexión de época, existen miradas discrepantes que afirman la necesidad de construir un nuevo paradigma del investigador e intelectual comprometido. Para algunos, una vía posible es la investigación militante, que subraya el carácter inmanente de la reflexión, en contraposición con el distanciamiento pretendidamente neutro del trabajo académico. Para otros, casi siempre jóvenes estudiantes o graduados universitarios, el camino del compromiso conduce a la inmersión plena, esto es, a sumergirse/fundirse en/con las organizaciones o movimientos sociales, lugar desde el cual se tiende a romper fácilmente con los moldes del trabajo académico. Sin duda, estas dos posiciones en torno al compromiso intelectual, que en los últimos años han venido ganando un espacio importante en el mundo de los movimientos sociales, ponen al descubierto las carencias del modelo académico hegemónico.

Desde nuestra perspectiva, tanto la figura del intelectual militante como la del experto académico, concebidos como modelos supuestamente puros y antagónicos, presentan serias limitaciones. Por un lado, el intelectual militante suele convertirse en un activista a tiempo completo, cuyo nivel de involucramiento dificulta una reflexión crítica, obturando la producción de un tipo conocimiento que vaya más allá de la visión de los actores. A esto hay que añadir que este exceso de involucramiento ha potenciado una actitud de rechazo y de resentimiento hacia el mundo académico, el cual ante los ojos de la sociedad aparece como portador exclusivo del saber "legítimo". Por otro lado, la consolidación del modelo del profesional académico se tradujo por la adopción de una posición abstencionista en materia de compromiso intelectual y, por consiguiente, en la afirmación una fuerte auto-referencialidad, manifiesta en la incapacidad por interpelar o tender puentes con otras realidades. Asimismo, no es

⁹ Una inflexión hiperbólica de la profesionalización, directamente relacionado con la sobre-ideologización disciplinaria propia de otras épocas, puede observarse en el campo de la historia.

menos cierto que más allá de los discursos abstencionistas, el académico pretendidamente puro e incontaminado aparece cada vez más atravesado por una lógica claramente instrumental o estratégica, sino por el carrierismo más desembozado. En fin, más allá de los beneficios evidentes de la profesionalización, cierto es que, durante los '90, tras la etiqueta aparentemente despolitizada de "técnico" o "experto", profesionales de las más variadas disciplinas se convirtieron en asesores y/o ejecutores de políticas de marcado corte excluyente, proveniente de los organismos y agencias multilaterales.

Ahora bien, a decir verdad, hasta hace poco tiempo, y más allá de las excepciones, la figura del investigador o intelectual militante no aparecía como una problemática que requiriera ser pensada. En efecto, en Argentina fue sobre todo a partir de Diciembre de 2001 que su posibilidad se hizo ostensible, y la necesidad de reformular y pensar los alcances políticos-epistemológicos de su figura devino cada vez más urgente y necesaria. En contraste con ello, en el marco de la profesionalización disciplinaria registrada en las últimas décadas, el modelo del intelectual experto encontró diferentes formas de expresión: entre ellas, dos de los modelos más destacados son el del *intelectual como intérprete* y el del *intelectual ironista*. Veamos, aunque sea sucintamente, cada uno de ellos.

Recordemos que fue Zygmunt Bauman quien en un conocido libro afirmó que, por diferentes razones de índole político-social, nuestra época ha asistido al pasaje del *intelectual-legislador* al *intelectual-intérprete*. Mientras el legislador es aquél que asume el papel de autoridad o de árbitro en controversias de opiniones, el *intelectual-intérprete* estaría orientado, más modestamente, a la comprensión y la comunicación de saber, sin pretensión legislativa alguna.¹⁰ Sin embargo, si bien el modelo del *intelectual-intérprete* podría haberse orientado hacia una figura más intermedia y polivalente, creemos que en los últimos años ha sufrido un estallido, a la vez epistemológico y político. Epistemológico, pues el auge de las visiones micro-sociológicas y etnográficas –y esto, más allá de la complejidad de ciertos lenguajes hermenéuticos- ha tendido a enfatizar el lugar del investigador como una suerte de traductor sofisticado de la experiencia de los actores. Político, pues el modelo ha quedado atrapado en la doble dinámica de lo social, atravesada por períodos y fases de descomposición y, a la vez, de recomposición social. En este sentido, es precisamente el posicionamiento epistemológico del intelectual como intérprete el que

¹⁰ Z.Bauman, *Legisladores y expertos*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 1999.

suele arrojarlo a la dinámica muchas veces pendular de la historia: así, mientras que en el marco de una situación de descomposición social, su corolario inevitable es el pesimismo fatalista y, por ende, el llamado a la no-intervención desde un paradigma cientificista; en un contexto de lucha y movilización, el resultado puede llegar a ser la posición contraria, esto es, el desarrollo de una mirada horizontal y celebratoria, apegada al discurso de los actores. Aunque esta segunda modalidad conduce al intelectual-intérprete hacia el espacio militante, no necesariamente esta inmersión se traduce en la producción de pensamiento crítico, generador de conocimientos. Antes bien, las posiciones dogmáticas que enfatizan el "apego al discurso de los actores" suelen combinarse con el anti-academicismo más virulento...

En realidad, es desde el modelo del intelectual experto que se entiende mejor la figura del intérprete, cuya tendencia exclusiva a convertirse en un traductor y comunicador de saberes lo lleva a desarrollar una mirada de corte miserabilista (conocedora de los vicios y mezquindades del actor social estudiado, diluida su especificidad en virtud de enfoques micro-sociológicos o etnográficos) o, en otros casos, a una lectura ironista que termina trazando una distancia mayor respecto de los actores, conduciendo al abstencionismo. En suma, no es nuestra intención generalizar ni mucho menos demonizar el rol del intelectual-intérprete, cuyo lugar en la producción de conocimiento académico ha sido central en las últimas décadas, pero en la línea de reflexión que planteamos (esto es, pensar la articulación entre lo académico y lo militante) es una figura que presenta severas limitaciones.

Una mención especial merece la figura del *intelectual ironista*,¹¹ quien ha encontrado un fuerte impulso en las últimas décadas, a partir de la crisis de los lenguajes emancipatorios y de la crítica a la experiencia de las diferentes izquierdas. Al igual que el intelectual-intérprete, este modelo goza de una fuerte legitimidad académica. Con ello, nos referimos a aquellos investigadores-intelectuales (en su mayor parte, profesores universitarios), que adoptan como principio epistemológico y político la distancia irónica y provocativa respecto de la realidad social, proponiendo de entrada la imposibilidad de una articulación entre investigación académica y compromiso militante. Lejos del talante propio de los padres fundadores de la sociología, el ironista rechaza toda posibilidad de intervención, acantonándose en un

¹¹ Utilizamos la figura del "ironista", que R. Rorty contrapone al "metafísico". Según Rorty, el ironista es aquel "capaz de reírse de sí mismo, /.../una persona incapaz de tomarse en serio a sí misma, porque sabe que siempre los términos con que se describe a sí misma están sujetos a cambio, porque sabe siempre de la contingencia y fragilidad de sus léxicos últimos y, por tanto de su yo". Véase *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós, 1992.

modelo epistemológico-narcisista en donde convergen escepticismo político y capacidad histriónica, en un sentido claramente destituyente.

Por otro lado, no es menos cierto que la presencia de intelectuales militantes en el campo académico, caracterizados por un pensamiento dogmático (esto es, resistentes a las críticas teóricas y políticas que recorren el arco de las izquierdas en los últimos 30 años y, a su vez, renuentes a pensar desde un lugar diferente las nuevas configuraciones de la subjetividad política en la época contemporánea), ha contribuido notablemente al afianzamiento de estas nuevas figuras del experto. A esto se añade la escasa legitimidad académica con la cual cuentan gran parte de los intelectuales militantes que desarrollan una actividad universitaria (vistos como activistas, antes que como académicos); todo lo cual deja abierto el camino a la expansión y potenciación de la figura del intelectual ironista, como arquetipo de una posmodernidad vaciada de valores políticos solidarios.

Ahora bien, más allá de la seducción propia del intelectual ironista, por lo general acompañada por el cuestionamiento rápido y filoso, por la *palabra destituyente*, resulta difícil pensar en construir desde estas bases un modelo alternativo de investigador-intelectual. Parafraseando a R. Sennett¹², no iremos muy lejos si nos proponemos socializar a las jóvenes generaciones de investigadores en ciencias sociales en valores como la ironía, la distancia hacia la realidad y el escepticismo político. Cuanto más, el desarrollo de este tipo de actitud destituyente redundará en el afianzamiento de modelos individualistas y estratégicos, poco interesados en la construcción de solidaridades mayores. Una vez más, de lo que se trata aquí es de pensar si es posible construir un modelo de investigador-intelectual alternativo, con potencialidad instituyente, que se coloque por encima de las limitaciones y vacíos que muestran tanto el investigador experto –y sus modelos asociados-, como el militante puro.

5- El investigador-intelectual como anfibio

¿Cómo superar la lógica excluyente que subyace a estos planteos antinómicos? ¿Cómo transitar de un modelo de investigador-intelectual destituyente a otro cuyo carácter abra al menos la posibilidad hacia un pensamiento innovador, reflexivo,

¹² R. Sennett en *La corrosión del carácter*, Madrid, Anagrama, 2000.

instituyente, de vínculo con otras realidades? Pues así presentadas y más allá de sus diferentes modalidades, la figura del experto y la del intelectual militante resultan ser altamente funcionales a la reproducción de una lógica excluyente, que plantea una suerte de incompatibilidad entre saber académico y compromiso militante, como si se tratara de lenguajes inconmensurables, sin posibilidad de comunicación entre sí.

Siguiendo una vez más la línea de elaboración que nos hemos propuesto en este texto, quisiera avanzar algunas notas sobre la posibilidad de construir un paradigma comprensivo en torno de la figura del intelectual. En este sentido, creemos que es posible integrar ambos modelos que hoy se viven como opuestos, la del académico y la del militante, sin desnaturalizar uno ni otro. Podemos establecer como hipótesis la posibilidad de conjugar ambas figuras en un solo paradigma, el del intelectual-investigador como **anfibio**, a saber, una figura capaz de habitar y recorrer varios mundos, y de desarrollar, por ende, una mayor comprensión y reflexividad sobre las diferentes realidades sociales y sobre sí mismo.¹³ Así, a la manera de esos vertebrados que poseen la capacidad de vivir en ambientes diferentes, sin cambiar por ello su naturaleza, lo propio del investigador- intelectual anfibio es su posibilidad de generar vínculos múltiples, solidaridades y cruces entre realidades diferentes. En este sentido, no se trata de proponer una construcción de tipo camaleónica, a la manera de un híbrido que se adapta a las diferentes situaciones y según el tipo de interlocutor, sino de poner en juego y en discusión los propios saberes y competencias, reafirmando su lugar en tanto intelectual-investigador crítico. Asimismo, hay que agregar que la naturaleza anfibia y por ende, los niveles de reflexividad que está en condiciones de desarrollar el intelectual-investigador militante, es un rasgo que aparece también en otros actores, como por ejemplo, el activista cultural, una figura global difundida en distintas latitudes, tanto en los países del centro como de la periferia.¹⁴

¹³ Agradezco a Pablo Bonaldi haberme sugerido aplicar la noción giddensiana de reflexividad (que Althabe también desarrolla de manera central en su autobiografía), para subrayar las ventajas propias de esta figura del investigador-intelectual anfibio, en contraposición al modelo del experto, cuya tendencia al cierre y la autoreferencialidad (el grupo de expertos), lo priva de esta dimensión.

¹⁴ En efecto, la expansión de activistas culturales, aglutinados en colectivos culturales, tanto en el ámbito de la comunicación alternativa como de la intervención artística, constituye una de las características más emblemáticas de las nuevas movilizaciones sociales y de los movimientos alterglobalización. Esta forma de militancia expresa una vocación por el cruce social y la multipertenencia, en el marco del desarrollo de relaciones de afinidad y redes de solidaridad con otras organizaciones. La experiencia argentina de los últimos años refleja a cabalidad el desarrollo y eclosión de nuevos colectivos culturales, cuya tarea ha ido fructificando o declinando en función de su mayor o menor articulación con movimientos sociales. Hemos

Si se nos permite retomar categorías extraídas de otros léxicos, podríamos decir que a diferencia de otros modelos de investigador-intelectual, como el del "mestizo", propugnado y padecido por el propio Gérard Althabe, tal como aparece en su autobiografía, el paradigma del anfibio, aunque contiene tendencias contradictorias y se expresa en otras formas de desgarramientos, no implica por ello una tensión que es vivida desde una dimensión trágica o puramente negativa. Aún más, en contraposición a la reflexividad del mestizo, que vive una existencia desgarrada "entre dos mundos", producto de la colisión o choque entre éstos (que generalmente remiten al clivaje inferior/superior, se trate de la clase o de la raza), y que termina por no pertenecer del todo ni uno y ni a otro, la reflexividad del investigador-intelectual anfibio tiende a subrayar la existencia de una única "naturaleza", por encima y a partir del reconocimiento de las ambivalencias o de las dobles pertenencias.

En consecuencia, nuestra hipótesis apunta a subrayar la potencialidad del investigador/intelectual anfibio, pues creemos que lejos de traicionar el habitus académico o de acantonarse en él, de lo que se trata es hacer uso de él, amplificándolo, politizándolo en el sentido auténtico del término. Asimismo, lejos de abandonar el espacio militante, de lo que se trata es de buscar un lugar dentro de él, en tanto investigador-intelectual comprometido y a la vez crítico, esto es, capaz de producir un conocimiento que vaya más allá de la visión y el discurso de los actores y, al mismo tiempo, capaz de interpelar críticamente a quienes dice acompañar. Retomando libremente a Elías, pensamos que el conocimiento se construye en esa suerte de vaivén inestable o equilibrio tensional entre, por un lado, el compromiso con una realidad que nos envuelve y nos atraviesa fuertemente y, por el otro, el obligado distanciamiento crítico que requiere la producción de un conocimiento que vaya más allá del discurso de los actores.

En esta dirección, es tan necesario cuestionar y romper con los moldes del modelo académico hegemónico como abandonar aquellas antinomias que terminan por reducir el planteo a dos opciones posibles: la de devenir exclusivamente un académico o investigador universitario, cuya tendencia a la auto-referencialidad termina configurando los contornos estrechos de un mundo cerrado y elitista; o bien, asumir el desafío militante, cuyo destino pareciera ser el abandono definitivo del mundo

esbozado el tema en "Modelos de dominación, tradiciones ideológicas y figuras de la militancia", Revista *Pampa. Pensamiento/acción política*, año 1/nro 1/julio de 2006, Buenos Aires, Instituto de Estudios e Investigación, CTA.

académico y de sus reglas de legitimación, y la entrada a un universo-otro, con su propia lógica y funcionamiento auto-referencial. Recordemos de paso que el juego de las oposiciones binarias suele favorecer al polo más "legitimado" de la oposición, esto es, al saber académico.¹⁵

En suma, visto en estos términos, la apuesta por construir legitimidad en esos varios mundos, sea el académico como el militante, deviene realmente posible y, más aún, creíble. Claro está, la tarea no resulta nada fácil, pero tampoco es, como efectivamente parecía serlo una década atrás, un camino definitivamente clausurado. Nuevas vías se abren en la articulación entre lo académico y lo político, un espacio de geometría variable, que puede alumbrar el surgimiento de un nuevo modelo de investigador-intelectual militante, definido por la reflexividad y el compromiso con su realidad. Un desafío que aguarda, muy especialmente, a las jóvenes generaciones de investigadores sociales.

* * *

Quisiera terminar estas notas provisionarias destacando la importancia cada vez mayor de las naturalezas anfibias en el marco de la sociedad contemporánea. En efecto, uno de los problemas mayores en nuestras sociedades es la desconexión, esto es, la ruptura de solidaridades sociales, tanto a nivel intersocial (visible en la fuerte desvinculación entre las fragmentadas clases medias y las empobrecidas clases populares), como intrasocial (entre las diferentes franjas que componen los heterogéneos sectores populares, donde se consolida un sector de excluidos, que es visto a la vez como población sobrante y como nueva clase peligrosa). Es esta

¹⁵ En uno de sus trabajos más célebres, Elías analiza en esta clave las potencialidades y límites de las ciencias sociales, atrapada en el dilema autonomía/heteronomía. Así, en *Compromiso y Distanciamiento* (Barcelona, Península, 1990), Elías sostiene que hay que partir del reconocimiento de que los comportamientos de los adultos están atravesados por un doble impulso, a saber, los impulsos de compromiso y los impulsos de distanciamiento, que se mantienen en jaque unos a otros. Ahora bien, nadie nos asegura una convivencia ordenada en esta relación entre compromiso y distanciamiento; por otro lado, de esta interrelación depende no sólo la producción de conocimiento, sino también la vida social, pues "ésta se quebraría si uno de estos dos impulsos avanzara demasiado en una de estas dos direcciones". Ciertamente, aunque sus posicionamientos epistemológicos nos ayuden a comprender las dimensiones de la problemática que aquí analizamos, Elías está lejos de ser el paradigma del anfibio o del investigador-intelectual militante.

desconexión la que ha actualizado la creencia en una suerte de alteridad mayor, hoy ilustrada emblemáticamente por la frontera social y cultural que se erige entre la ciudad y los suburbios, entre el centro y la periferia, entre los incluidos y los excluidos, entre el primer y el cuarto mundo.

En este contexto creemos necesario insertar una apuesta a la vez política y profesional: la de recrear y revalorizar la tradición crítica de las ciencias sociales, para buscar por ese lado el modo de reinventar el rol del investigador-intelectual reflexivo y comprometido. Y ello, no porque consideremos que éstos sean sujetos marcados por una vocación mesiánica o un supuesto rol sacrificial en relación a los sectores postergados de la sociedad. Antes bien, creemos que los investigadores-intelectuales, por el tipo de tarea que llevan a cabo, son sujetos capaces de desarrollar una naturaleza anfibia, una suerte de multipertenencia, que redundará positivamente en una mayor reflexividad, en sociedades cada vez más complejas, caracterizadas por una fragmentación social creciente, en las cuales coexisten, separadamente, universos tan desiguales en términos de posiciones sociales y oportunidades de vida.

En fin, aunque muchos lo consideren como extemporáneo, creemos que una de las tareas centrales de los investigadores-intelectuales, en virtud de su condición anfibia, es la de asumir el desafío que plantea la actual desconexión, para tratar de pensar creativamente los cruces, los puentes, las vinculaciones, aun fugaces y precarias, que es posible establecer entre estos universos tan diferentes.

Buenos Aires, junio de 2007